**El primer día**

-Vamos, vamos ¡arriba! Mi mamá entró a la habitación y descorrió las cortinas, levantando la persiana en un acto totalmente inútil; yo todavía dormía con la luz de la lámpara encendida, directo sobre la cara.

-Es el primer día, dale que papá ya te preparó el desayuno.

La chocolatada estaba igual que siempre; un poco agria, al faltarle por lo menos dos cucharadas más de chocolate, que luego se agregaban clandestinamente. Mi mamá solía dejarme en la cocina mientras se preparaba o atendía alguna de las necesidades de mi hermana de casi dos meses. De fondo, el noticiero anunciaba la temperatura para ese día de marzo de 2003, mientras mi papá intentaba apurarme, ya que todavía no me había cambiado.

No recuerdo exactamente la primera vez que usé la camisa blanca, rígida e impoluta, con el escudo bordado azul marino en el bolsillo izquierdo, pero si me acuerdo de la pollera. Escocesa, larga, tableada. Con un botón en uno de los extremos y dos pequeñas tiras con hebilla en el otro. Al llegar al colegio, me daría cuenta de que todas las chicas de mi grado éramos como banquetas enfundadas en una casa antigua, junto a muebles que ya no se usaban hace rato.

Hicimos los tres kilómetros que separaban mi casa del colegio escuchando la radio del pueblo. Mis codos, que hasta el día de hoy emiten una catarata de palabras apenas tienen la oportunidad, iban silenciosos. Observaba el paisaje que durante doce años sería el cotidiano: el campo alambrado, algunas vacas, cada tanto, algún silo, y los inconfundibles galpones de pollos. Me saqué los anteojos y les acomodé el cordón celeste oscuro que los sostenía.

Al llegar, mi papá estacionó el auto, bajamos, y entramos a un pequeño -en ese momento gran- hall lleno de carteleras de goma eva. El murmullo era insoportable, y yo solo podía distinguir al resto de los chicos y chicas uniformados que tenían mi altura.

Reconocí a Peco, con quien jugaba desde que habíamos nacido. Nuestros papás, amigos desde la infancia, no pararon de hablar hasta el momento en que tuvimos que pasar al gimnasio para el acto. Nos miramos sin mucho interés, y me aferré con fuerza a la mano de mi mamá. De alguna manera, su perfume y su calor me reconfortaban.

Canté el himno parada sobre las gradas con el resto de los alumnos de primer grado. Por suerte lo sabía, y lo sabía muy bien: la publicidad de Yogurísimo, con el tigre saltando entre medio de un mar de guardapolvos blancos que cantaban el himno en un acto escolar, era mi preferida. También solíamos cantarlo con mi mamá y mi hermana dos años menor en el auto, cuando ella ya no encontraba recurso alguno para que nos quedáramos quietas y no peleáramos más. Era una canción que todas sabíamos y lo suficientemente larga como para durar desde el centro del pueblo a mi casa, en las afueras.

La rectora hizo su famoso chiste -aunque yo todavía no lo sabía- de que egresaríamos algún día de diciembre de 2014. Todos rieron, y no entendí el por qué. Doce años de primer día de clases me demostrarían que ese era el único chiste que Irene sabía. Después de eso, presencié una misa por primera vez en mi vida. No entendí que estaba pasando hasta que mi mamá pudo explicármelo más tarde. Lo único que debía hacer era estar callada y prestar atención; mi cuerpo se paraba con inercia en los momentos en que el resto de la gente se paraba, y también se arrodilló -por suerte una sola vez-. Con los años llegaría a aprenderme el guión del padre Néstor de memoria, al igual que las canciones, pequeños grandes hits del paso por un colegio católico. El padre Néstor, con su gran panza donde se apoyaban las manos, tenía también la cara más roja que había visto en mi vida, de la que manaba agua como un milagro de Jesús.

Llegar y correr al moisés de mi hermana bebé era lo mejor de volver a casa. Me paraba a verla dormir o mirar el techo, todavía con la mucosa despareja que le rodeaba, como una niebla pegajosa, los ojos. Unos meses después, le operarían los lagrimales, y el pequeño problema estaría resuelto.

Pronto descubriría que el mundo escolar era más complejo de lo que imaginaba; usar anteojos ya no era motivo de interés, sino de burla, y al conocerse casi todos mis compañeros desde los tres años, entender algunos juegos y referencias se complicaba. Ese año aprendí mis primeras palabras en inglés, a saltar la soga, a no llorar durante las tormentas. Peco se dormía sobre la mesa grupal, no pudiendo tolerar las ocho horas que alargaban nuestros días infantiles. Ese año, todos los días fueron un poco como el primer día.